

LARISA LATYNINA, LA DIOSA OLÍMPICA

***"Encuentro incómodo el ser interesante sólo por el número de medallas que he conseguido pero lo acepto. Así son las reglas del juego".**

Anda aún como andaba sobre la barra fija. El cuerpo recto y expresión etérea, los brazos como en una danza, la nariz ligeramente levantada, mirada profunda y sonrisa a flor de labios. Es la diosa. La gran diosa olímpica.

Es Larisa Semyonovna Latynina.

No conocerla en la Unión Soviética debe equivaler a pecado, o algo así. Simboliza la gracia, el encanto, la belleza de la mujer rusa, lo que dirían en Francia «la reussite», el llegar.

Porque Larisa Latynina, posiblemente desconocida para muchos españoles amantes del deporte (pero no para los estudiosos del deporte), es un caso único en la historia de los Juegos Olímpicos. Ningún mortal ha ganado más medallas olímpicas que ella. Nadie ha llorado más de emoción sobre un podio, el corazón encogido, escuchando himno y aplausos.

Larisa Latynina lo ha hecho en dieciocho ocasiones. Ha ganado dieciocho medallas: nueve de oro, cinco de plata y cuatro de bronce. De haber nacido en España, con la sed que hay de medallas, ya le habrían levantado otros tantos monumentos.

En Rusia sólo tiene un bien ganado pedestal.

Porque monumento ya lo es ella. Todavía hoy despierta pasiones, aunque muchos sueñen con su gracia alada, casi irreal, de antaño. Aquella gracia, aquel arte estético incomparable que la llevó a la cumbre más alta de la mitología deportiva. A ser la auténtica, la indiscutible diosa olímpica, la gimnasta más grande de todos los tiempos.

Su impresionante palmarés adquiere su verdadero valor si lo comparamos con el conseguido por la rumana Nadia Comaneci, que gracias a sus tres medallas de oro, una de plata y otra de bronce en la Olimpiada de Montreal, llegó a ser calificada como «la novia del mundo», «la mejor gimnasta de la historia» y otras lindezas por el estilo que no concuerdan con el espíritu objetivo que, en olimpismo, se mide en medallas. Éxitos son razones.

Por eso, para dejar en su lugar el ranking femenino en la historia olímpica, desde la recuperación de los Juegos en 1896, a nuestros días, vayamos con el recuento urgente. Subamos al

podio de oro a las tres mujeres que merecen por el momento figurar en él. Y suenen los himnos respectivos en su honor. Para el primer puesto Larisa Latynina, con nueve medallas de oro. En segundo lugar, la también gimnasta checa Vera Caslavská, con siete medallas de oro y para el tercer puesto, empatadas a cuatro medallas de oro, muchas: la atleta holandesa Fanny Blankers-Koen, la nadadora australiana Dawn Fraser, la norteamericana Patricia McCormick en salto de trampolín, la atleta australiana Betty Cuthbert, etc. A cada uno lo que le corresponde. Y Larisa Latynina, aunque a muchos aficionados españoles no les «suenen», por aquello de que los medios de antes no eran los de ahora, le corresponde figurar en primer lugar en el deporte femenino mundial.

No fue difícil entrevistarse con Larisa Latynina. Mi «voz» en Moscú, Sergei Polyakov, que trabaja como redactor para el área de lengua hispana en la agencia Novosti, la llamó personalmente por teléfono y concertó la entrevista. Larisa Latynina trabaja en el Comité Organizador de la Olimpiada de Moscú 1980, donde tiene un despacho amplio, luminoso y con un impresionante cartel de la Plaza Roja como telón de fondo. Me recibió con una sonrisa de bienvenida, mientras, con cierta coquetería en el tono, se lamentaba:

--Encuentro incómodo el ser interesante sólo por el número de medallas que he conseguido pero lo acepto. Así son las reglas del juego.

Viste traje de pana, muy ajustado y botas de tacón alto que estilizan su figura. Se sienta, hace que me siente a su lado y como quien tiene la lección bien aprendida, comienza el repaso a su vida. Desde el principio:

--Nací en Gerson, República de Ucrania, el 27 de diciembre de 1934. Mi nombre de soltera es Laris Diry y a los trece años me inicié en eso de la gimnasia. A los diecinueve años entré a formar parte del equipo nacional.

En esa época no existían las drogas para retrasar el desarrollo hormonal, caso de Nadia Comaneci y tantas otras. Larisa llegó al equipo de la URSS de gimnasia con novio y un cuerpo ya formado que era la envidia de todos. A los veintiún años, allá por 1955, se casó y adoptó el apellido de su marido:

--Mi primera salida internacional y mi primer triunfo fueron de recién casada, ya como Larisa Latynina, en el Festival de la Juventud de Varsovia. Era 1954. Después, dos años más tarde, participé en mi primera Olimpiada, la de Melbourne, donde

gané cuatro medallas de oro. No le hago el recuento de medallas porque imagino que estará al corriente de ellas. Larisa Latynina sonríe. No le gusta aparecer simplemente como una mujer-medalla, pero obviamente se siente satisfecha de sus logros deportivos.

A comienzos de 1959 dio a luz a Tatiana que hoy es la primera figura en el ballet folklórico nacional Beriozska, que en ruso significa abedul. Y en Roma 1960, después de haber criado con el pecho a su hija -casi le da vergüenza confesarlo-, de nuevo la explosión triunfal: tres medallas de oro y la propina: dos de plata y una de bronce. En 1962, de nuevo dio a luz, esta vez un niño, Andreij, a quien le gusta el periodismo.

Y en Tokyo 1964 -de nuevo le da vergüenza confesar que había dado el pecho a su vástago-, otra vez el éxito, aunque menor: bajaba la producción de oro (una sola medalla) y ascendía la de plata y bronce, dos y dos. Nada mal para una madre de familia y por entonces, atareada ama de casa. Las diosas de carne y hueso también paren.

Lo que redundaría en perjuicio de su preparación:

--Desde el nacimiento de mi primer hijo, a mi retirada, descuidé bastante los entrenamientos. Entrenaba sólo dos horas diarias que es muy poco para una gimnasta.

--¿A qué edad se retiró?

--A los treinta y dos años, que es una edad fabulosa en gimnasia moderna. Pero tenía otras obligaciones. Mi última actuación fue en Dortmund (Alemania Federal), en el Campeonato del Mundo.

--Medallas al margen, ¿se considera usted la mejor gimnasta de todos los tiempos?

--Es difícil decirlo. También es difícil comparar. Se habla de Nadia Comaneci, de Olga Korbut, de Nelli Kim o de Natalia Kuntinski, incluso de Lyudmila Touricheva que está casada con nuestro gran atleta Valery Borzov, pero todas ellas son de una generación distinta a la mía. Hay cosas que en nuestro tiempo no se hacían y hoy sí...

--Están además los medios de comunicación...

--En efecto. Y tienen gran influencia. Cuando yo actuaba apenas salíamos por televisión o en los periódicos, por lo que para mucha gente hoy, el nombre de Larisa Latynina es desconocido, incluso como figura antigua de la gimnasia, mientras que a Nadia Comaneci o a la Korbut las recuerdan hoy y las recordarán mañana.

--Pero las medallas y la historia están ahí. Por cierto ¿qué le

dieron las medallas?.

--Las medallas no dan nada. Son una simple remuneración por el trabajo invertido. Yo conquisté nueve medallas de oro, pero la que más feliz me hizo fue la medalla de oro que me dieron en el colegio de Enseñanza Media por mis buenas notas. Gracias a esa medalla de oro escolar pude seguir progresando en los estudios superiores.

--¿Qué estudió?.

--Matemáticas, Física y luego, al comprobar que por culpa de las competiciones deportivas comenzaba a sacar aprobados raspados, pasé a estudiar Cultura Física y me gradué como entrenadora. Durante diez años he dirigido el equipo nacional femenino de gimnasia. Con él estuve en España, concretamente en Oviedo, en unos campeonatos.

Larisa Latynina estuvo en Oviedo y pasó totalmente inadvertida, cosa que no le ocurrirá nunca, por ejemplo, a Nadia Comaneci, lo que prueba que son los medios de comunicación actuales los que levantan ídolos de forma espectacular.

Cuando, antes que Larisa Latynina, en deporte femenino, no hay nadie. Primero ella y después de ella las demás.

--Ahora trabaja en el Comité Organizador de la Olimpiada Moscú 80. ¿Qué opinión le merece el intento de boicot por parte de Estados Unidos?

--Personalmente no presto mucha atención a estos problemas, porque mi obligación es trabajar para que la Olimpiada sea un éxito de organización en la parcela que yo domino, la gimnasia. De todos modos considero todo este barullo en torno al boicot como un reflejo del nerviosismo mundial. Y lo que sí puedo asegurarle, como deportista, que considero el boicot como un crimen para los deportistas.

Larisa Latynina, tras desplegar una serie de carteles anunciadores del Moscú 80, incluido uno que muestra a un soldado haciendo un nudo a una espada y debajo la palabra «Paz», que no deja de ser una paradoja cuando se lucha en Afganistán, se despide con la misma sonrisa, luminosa y abierta con que me recibió.

La sonrisa que corresponde a una diosa.